

La fascinación del deporte: Cuerpo, práctica, juego y espectáculo, Francisco V. Galán, (coord.)

Alberto Constante



V. Galán, Francisco, coordinador *La Fascinación del deporte: Cuerpo, práctica, juego y espectáculo*. Ciudad de México: Ediciones Navarra, 2019.

Cuando fui niño, el juego fue fundamental para sobrevivir. Lo recordé vivamente al leer las páginas de este libro: *La fascinación del deporte. Cuerpo, práctica, juego y espectáculo*, coordinado por el doctor Francisco Galán Véliz. Todos los artículos tuvieron el don de conducirme, a mis recuerdos, a mi memoria, a esa parte que alberga lo más íntimo de mí. Recordar es un acto de humildad, es reconocer lo que se anidó en el corazón. Viene del latín *re-cordis*: *re* significa volver y *cordis*, corazón. “Recordar es volver al corazón”. ¿No es cierto que recordamos con el corazón?

Cuando volví a mi corazón, me vi jugando, es decir, pude imaginarme a la edad de ocho años, en las calles, en

el parque de mi casa, con amigos de mi edad: desordenados, sucios de tanta tierra y polvo. Volví a mi corazón y sé que una parte de mí quedó transida de esos espacios en los que fui infinitamente feliz. El juego proporcionaba abundante bienestar, no se trataba de toda esa química de la felicidad compuesta por endorfinas, serotonina, dopamina y exitocina. Sólo eran unos cuantos minutos en los cuales el mundo era una invención: una piedra se disfrazaba del castillo de Elsinore o una isla solitaria a donde acudíamos los piratas a refugiarnos, como en *El Faro del fin del mundo*; un sillón volteado era una cueva que nos abría paso al centro de la tierra; o una caja de madera era la promesa de aventura en el Nautilus y el recorrido de las veinte mil leguas de viaje submarino. Jugar era crear un estruendo, hacer alboroto con toda la tosquedad de los niños y niñas que brincan, se atosigan, corren disparados en todas direcciones y también, por qué no, se pelean.

Heidegger señala que la manera en que somos seres en el mundo es mediante la manipulación del útil. No le falta razón porque antes de saber de los objetos como objetos, las cosas

sólo son “para algo” y su utilización crea el juego de la vida. No hay otra manera de habitar el mundo más que explorando cosas, habitando pequeñas cosas, susceptibles de ser tocadas, vistas, llevadas a la boca, saboreadas, incluso tragadas. Este mundo, si lo observáramos detenidamente, nos mostraría que el juego nos permite habitar la tierra natal, la que nos da arraigo y nombre: mirando, tocando, degustando, escuchando, repitiendo...

Los autores de este libro: Francisco Galán Vélez, Hanz Ulrich Gumbrecht, Javier Martínez Villarroya, Gibrán Larrauri Olguín, Adrián Gómez Farías, Oscar Mendiola Cruz, Fernando López, Genevieve Galán, Diana Plaza, Daniela Pérez Michel, María Covadonga Soto, Fernando Auciello, Francisco Castro, Paula Arizmendi, Priscila Requiáo, André Mendes, Marcelo Moraes, Luis Guerrero, Dante Ariel Aragón, Eduardo de la Paz Castañeda, Mauricio Nakash y José Luis Barrios, escribieron sin reparos. Es un libro sorprendente, de grandes trazos e infinitas miras; nos habla del cuerpo, de la práctica, del juego y del espectáculo, sobre todo, para tratar el tema del deporte.

Este libro también me recordó que el juego es una cosa muy seria, quizá la más seria de todas. Cortázar, que era como un Gulliver, escribió: “Nada más riguroso que un juego; los niños respetan las leyes del barrilete o las esquinitas con un ahínco que no ponen en las de la gramática”. Acaso no sepamos qué son los barriletes o las esquinitas, pero el contexto nos lo aclara: son juegos, juegos eternos. Guffanti decía que “es sólo en el juego, en la festividad lúdica que el hombre puede comprender el sentido del movimiento del mundo en donde aparece y desaparece todo eso que es infinito”.¹

El juego es, como se señala en el libro que reseñamos, enigmático, por ello es tan espectacularmente difícil de conceptualizar. En una sociedad del espectáculo, del cansancio y de la transparencia, de control, el juego es lo intersticial, un rotundo no a la brutal productividad, a la enajenación, la homogenización de las conductas y

la normalización de la subjetividad. Es un no al aplanamiento del mundo, por ello Bataille refirió: “Todo lo que va más allá de la verdad común es un juego. Pero sabemos que es un juego, y al vernos comprometidos en ese juego como en una operación seria sólo podemos proseguirla un poco más seriamente que los demás, a fin de liberarla de la seriedad”.²

En la introducción, Francisco Galán, citando a Caillois, nos detalla los cuatro tipos de juegos: *agón* (la competencia), *alea* (la suerte), *mimicry* (el juego infantil, improvisación) e *ilinx* (los juegos de vértigo, *ilinx* es el nombre griego del remolino de agua, término del cual deriva el concepto vértigo, denominado por los griegos *ilingos*). Pareciera que todo está en esta clasificación, todas las actividades que se suman al juego del deporte se delinearían en la manera de vivenciar nuestra fascinación por éste, por alguna de las actividades que se reseñan en estas

¹ M. Guiffanti, *Il gioco come ipotesi ontologica* (Milán: Università degli studi di Milano, 2004), 4. En http://www.noein.net/esperienze/tesi_guffanti.pdf

² Georges Bataille, *El No-Saber*, <http://espaciodevenir.com/referencias/filosofia-referencias/el-no-saber/> consultado el 28 de octubre de 2019.

páginas, porque todas, o casi todas, nos hablan del juego, lo evocan, nos remiten a la competencia, a la suerte, a nuestros años infantiles, a esas actividades que nos desestabilizan, nos alejan de la realidad cotidiana: nos hacen ser realmente libres por unos momentos, como en el *ilinx*

Hablo en plural porque estoy convencido de que difícilmente hay alguien que no tenga al menos una pequeña pasión, desvincijada si se quiere, por un deporte. Quien no la tiene se ha perdido algo fundamental en la vida. Aunque siempre hay tiempo para rectificar.

Los ensayos de este libro, de una u otra manera, aluden a las seis características que analiza Caillois sobre el juego: es *libre*, el juego es una actividad voluntaria de la que se entra y se sale cuando el jugador lo decide; el juego siempre está limitado a un tiempo y un espacio; es *incierto* porque el resultado no se conoce; es *improducti-*

vo; es *reglamentado*, sometido a leyes que instauran un orden inapelable; y siempre *facticio*.³ “El juego tiene su finalidad en la misma esencia del jugar, es su propia finalidad”.⁴

Este esfuerzo de pensar el juego como deporte, desde la filosofía, un trabajo que Francisco Galán lleva a cabo, recuerda a Eugen Fink, cuando comentó: “La eminente esencialidad del juego —que el entendimiento común no reconoce, porque el juego sólo significa para él la falta de seriedad, inautenticidad, irrealidad y ocio— *sí* ha sido reconocida siempre por la gran filosofía. Así, por ejemplo, Hegel dice que el juego, en su indiferencia y su mayor ligereza, es la seriedad sublime y la única verdadera”.⁵

En los textos que conforman este libro se trasluce esa vieja noción batailliana de que el juego es una de las experiencias que con mayor ahínco vinculan al sujeto con el orden de lo sagrado. El juego tiene su raíz en

³ Ver Santiago Díaz, “Juego, arte y belleza. Deleuze y la ‘ludosofía’”, *A Parte Rei. Revista de Filosofía*, (mayo de 2011), <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/diaz75.pdf>, consultado el 28 de octubre de 2019.

⁴ Roger Caillois, “Teoría de los juegos” (Barcelona: Seix Barral, 1958) citado en Hilda Cañeque, *Juego y vida* (Buenos Aires: El Ateneo, 1991).

⁵ E. Fink, *El oasis de la felicidad. Pensamientos para una ontología del juego* (Ciudad de México: UNAM, 1966), 23.

la fiesta; cuando se juega o se está en una fiesta consagramos el momento, es decir, hacemos un tiempo y un espacio sagrados, que salen de lo habitual, de lo común; un tiempo y un espacio cordiales y, por tanto, sagrados, en medio de ese tiempo y espacio profanos. Cuando jugamos, sacralizamos: creamos un ámbito en el cual adviene lo sagrado. Nada parece romper con esas coordenadas que atraviesan y dan sentido a nuestras vidas.

La fascinación del deporte abarca toda la red significativa del deporte. El subtítulo “Cuerpo, práctica, juego y espectáculo” constituye el marco de comprensión de la posición filosófica frente al juego y el deporte, es decir, todo lo que de una u otra manera se teje en el juego y de éste en el deporte: el cuerpo, su práctica y también el espectáculo. Francisco Galán escribe una introducción que nos mete de lleno en la materia y logra interesarnos, desde su enorme generosidad, transcrita por alguien que, supongo, ha sido un apasionado de los deportes, pero esencialmente del juego. Después de algunas consideraciones que motivan el movimiento del texto,

Galán dibuja las líneas de fuga con que describe el contenido de los artículos. Lejos de abreviarnos el camino, nos lo descubre, nos lo revela. Vemos cómo la estructura está concebida en esas cuatro áreas o espacios, que se alinean justo como el subtítulo del libro.

No quisiera dejar de mencionar lo que más me ha asombrado de este libro: la relación que cada uno de los textos establece con la filosofía. Todos los autores son filósofos, si no por profesión, sí por vocación; hay una intencionalidad filosófica, una necesidad de narrarnos de manera filosófica eso que se llama deporte cobijado por el juego. Hay quien escribe del alpinismo y de la mística. En otros ensayos encontramos alusiones a Aquiles, a Píndaro o la batalla de Maratón, hasta llegar a Bruce Lee y a Nietzsche, o a esos eternos caminantes como Kierkegaard, Kant, Schopenhauer o Freud. Son relatos seductores, como saber, por ejemplo, que el famoso dicho: “Esto no se acaba hasta que se acaba”, provino del béisbol, precisamente de Yogi Berra. Este deporte, hartamente inteligente y de profundas estrategias, tiene tantos matices, lados, exaltaciones, una historia

que simboliza de alguna manera “un tópico de la vida pública”, como apunta Galán. Qué decir de las artes marciales y sus códigos de valores, que ponen en juego nuestro mundo y sus vetustos valores... También la oscilación sobre el yoga, entre una práctica milenaria y un *fitness* en una época de consumo feroz, podríamos preguntarnos ¿qué es?, ¿qué es lo que ha sido?, ¿qué puede ser...? Así nos enteramos que la gimnasia artística no tiene su asiento en el juego sino en la práctica militar, porque en lugar de divertirse hay que defenderse...

Hay ensayos que atraen más que otros, estoy seguro que es debido a que tocan algo en nuestra subjetividad, nos recuerdan, nos producen algo. Todos los escritos destacan por su aporte filosófico, por esa visión de largo alcance. Nunca pensé en el juego como deporte, mucho menos en el bailarín o en el acróbata, o en establecer evocaciones filosóficas en los *pits* de la Fórmula 1. Hoy, con este libro, me siento complacido: por su peso, por la trayectoria que adivinamos, por su visión, por lo arriesgado de su pensar. Porque con estos trabajos, me

persuado nuevamente de aquello que Nietzsche dijo alguna vez: “El filósofo es un hombre que constantemente vive, ve, oye, sospecha, espera y sueña... cosas extraordinarias”.